

# INOCENTES HIPOPÓTAMOS BLANCOS



**Félix Hangelini** es el nombre literario de Félix Ernesto Chávez López (La Habana, 1977–México D.F., 2012). Obtuvo el Premio Calendario de Ensayo en 2002 con el libro *La construcción de las olas* (Ediciones Abril, 2003) y el Premio de la Academia Castellano–Leonesa de la Poesía en 2005 con el poemario *La devastación. La imaginación de la bestia* (Fundación Jorge Guillén, 2006). En 2010 se doctoró en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona con un estudio biobibliográfico sobre Luisa Pérez de Zambrana publicado bajo el título de *La claridad en el abismo* (Verbum, 2014). *El bosque escrito*, publicado por la Editorial Hypermedia en 2013, recoge la mayor parte de su producción poética. Fue profesor universitario, editor, ensayista y poeta. Dedicó sus últimos años a investigar la literatura femenina del siglo XIX hispanoamericano.

Félix Hangelini

INOCENTES HIPOPÓTAMOS BLANCOS

De la presente edición,  
© Herederos de Félix Ernesto Chávez López  
© Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
Tel: +34 91 220 3472  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)  
Sede social: Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Compilación, edición, corrección, epílogo y notas: Yoandy Cabrera  
Diseño de colección y portada: Editorial Hypermedia

ISBN: 9ccccc

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## RETRATO DEL MONSTRUO

«Mi nombre es K. Tengo 34 años. Soy semivegetariano, abstemio total y no fumador. Jamás he probado el efecto de ninguna droga salvo la literatura que estudio o cierta música del siglo XVIII o XIX. No creo en la virtualidad, para mí las relaciones humanas necesitan de un obvio contacto físico, al nivel que sea. A estas alturas de mi vida lo que piensen los demás sobre mí me da absolutamente igual (siempre me ha importado poco). A los 18 años, recién salido del Servicio Militar Obligatorio, me dejé crecer el pelo casi hasta la cintura (por temporadas lo sigo llevando largo). A los 19 me horadé los lóbulos de las orejas solo porque lo quise, a contracorriente, aunque solo llevo un pendiente hoy en recuerdo de mi madre.

A esa edad, a los 19, me enamoré por primera vez (algo que solo ha ocurrido dos veces en toda mi vida, cada vez con mayor intensidad). Siempre he sido muy delgado; sé que me ha afectado en mi autoestima física, y hoy -ya asimilado el hecho de que no engordo ni aunque me llenen de aire- lo veo como un enorme privilegio en relación con los chicos de mi edad. Siempre he sido muy blanco de piel, por eso las alergias y los lunares se me han notado más. Soy una especie de eremita. Soy monógamo. Soy perseverante y extremadamente competitivo. Creo en ciertos conceptos quizás de otras épocas, porque me reconozco fácilmente en los textos que leo, aunque no me hace mucha gracia. En el XIX probablemente hubiese sido un tísico común.»

Si alguna vez alguien se presenta así y te extiende su mano, te aconsejo huir. Huir, de cualquier modo, con cualquier pretexto. Quien así habla es un monstruo que se ha inventado a sí mismo a lo largo de los años, y no tendrá absolutamente ninguna piedad contigo ni con lo que piensas. Ni siquiera con tu olor. Diseccionará tus gustos cuando menos te lo esperes y te dejará en la total desprotección una vez que te fies. Aun-

que no hará escarnio público de lo que le confieses (eso sí, este tipo de monstruo es sumamente leal y generoso por naturaleza), recordará todas y cada una de tus palabras, incluso cuando tú mismo las hayas olvidado. Te recitará poemas de memoria como quien lee su propia vida y si te descuidas algún día te tocará una fibra dolorosa que nunca esperaste tener. No podrás mirarle a los ojos sin sentir que te pregunta cosas de las que no has hablado y que no quieres contar o responder. Te invadirá. Te hará sentir que eres lo único que existe, si se lo propone. Te apoyará en todos tus sueños, incluso los imposibles, y a cambio sospechosamente no te pedirá nada. Creerás que la ternura que te da es especial para ti, cuando es otro rasgo de su comportamiento habitual. Creerás que cada palabra que te dice las elige cuidadosamente con algún macabro fin que nunca verás. Te equivocará frecuentemente. Patinarás siempre entre tantos significados. No será nada de lo que esperas, y si no esperas nada de él, se transformará en todo aquello que te sorprenda.

En esencia, ese tipo de monstruo es la raza más frágil que ha existido. Frágil a la belleza, a pequeños gestos de seducción, frágil a la espontaneidad y a la risa como una bocanada intensa de vida. Casi todos los monstruos que han existido han obrado en ese tipo de sombras. Se esconden en sus refugios a escribir sobre realidades que solo ellos comprenden, o piensan comprender. Los que aparentemente se han dado a la vida son unos grandes mentirosos; no les creas. Ni Baudelaire pasó su vida en lupanares ni Whitman salió nunca de New York y proximidades... Ni siquiera bebía alcohol ni tuvo los amantes que decía. Cada desorden literario implica un orden vital exquisito, meticuloso. Ninguno en realidad fue bello (salvo Keats o Byron; no cuenta la animal simetría de Wilde). Ninguno coqueteó con perfecciones. Ninguno fue feliz o al menos ninguno expresó cabalmente su felicidad. Todos murieron inconformes.

Cuando se acerque un muchacho y te muestre una gran sonrisa, con su pausa introspectiva y la apariencia frágil de un adolescente o de un joven de veintipocos y te diga «¡Hola! Me llamo K. Tengo 34 años...» no le respondas: es una trampa. Un artilugio para que rompa un deslumbramiento. Aunque la trampa que usa para capturarte es la misma que te dejará para siempre en los oscuros laberintos de su imaginación.

LAS MOSCAS



*No había necesidad de hacer muchos movimientos; esta aparición era perfecta, y sin tener yo que contribuir a ella. Pero ahora se trataba de saber quién era, y me volví un poco y terminé por levantar los dos brazos; grandes movimientos de conjuración, esto me parecía lo adecuado. Pero precisamente, en ese instante solemne, oí, ensordecido por mi disfraz, a mi lado un ruido múltiple y descompuesto.*

R. M. Rilke, *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*

Hay al menos tres yoes dispersos por la ciudad. Vagan en un juego de sentidos donde el único tentado al exabrupto soy yo mismo, múltiple. Desbocado a una identidad donde mis propias manías se entrelazan. Digamos que me llamo D, E, F. Que tengo los ojos claros, la mirada clara y afilada como de lince, que mi piel es blanca como el viento y me mezclo con los demás sin que me perciban.

Una parte de mí —digamos también D— encuentra que la felicidad es una barquita pintada de azul, que el viento en los muelles de Dinamarca va meciendo con violencia. D se detiene en las tiendas de København para aspirar el aire pétreo y exagerado de una Escandinavia que me desconoce. Imagina que su sueño está cerca, que será breve la distancia que le separará de la libertad suprema. Interroga las velas alrededor, la corriente del canal, los colores cada vez más definidos de una soledad paulatinamente menos ajena. Digamos que D no tiene hambre, ya ha almorzado un plato de rarísima pronunciación, va caminando por StrøgetØstergade y se detiene frente a Den DanskeSkeeplaus. ¿Cómo saber si la pérdida del hambre no ha matado también el deseo de apretarse a los bancos, castrar el frío con una típica cerveza danesa, y luego pretender entrar al DanskeSkeeplaus a ver la última de las funciones programadas para la tarde?... Gamble Scene Kl 20... KongensNytorgv... Ni siquiera el verde convence a D. Un verde indescriptible, uniforme, ajeno a los billetes, a la rabia, la furia del sol o los días de la milicia en Cuba, un césped de fútbol desplegándose por la ciudad, mientras los transeúntes intentan librar una batalla contra el control y los controladores.

D ve una pequeña librería donde venden de segunda mano. Busca y compra el único título en español: un libro de Octavio Paz. (Lo

leerás seguro más tarde, en casa, cuando el día escasee. Nunca te ha interesado mucho Paz). ¿Por dónde seguir ahora? ¿Otra vez rumbo al muelle? D no imagina que el tiempo es una alimaña presuntuosa. Tal vez me canso de decírselo al oído, en las noches, cuando se queda solo en Malmö y mira afuera a través de las ventanas que lo separan de la inmóvil realidad. D es un niño que imagina que las piernas son aparatos fabulosos atándolo a una realidad que no sostiene con las manos. Sigue parado en Kongens Nytorv, en medio de la plaza, en medio de aquellos parques continuos... Lille Kongensgade, Hovedvagtsgade, NyØstergade un poco más atrás, Adelgade a la izquierda. Es un país bonito, qué más se puede decir. Piensas en Ana. A lo lejos, perdida en sus montañas, las que siempre va inventándose. Perra de los mil demonios, qué debes estar haciendo. Intento decirle que Ana es feliz, que tiene un novio cineasta estudiando en San Antonio de los Baños... No puedo imaginarla haciendo el amor con otro, y yo comiéndome este frío de cuatro grados, esta neblina de mayo que llena el alma como moscas en un sanatorio. Ahora mismo en La Habana debe brillar el sol con vehemencia, piensa, las pieles se broncean, tratan de aspirar la luz sin que las quemee. Pero D no cesa, se sienta en un banco como los demás, acepta la libertad que ha elegido, se pone a hablar de la derrota de los belgas del Genk, de las cotizaciones de la bolsa, de la caída de la corona danesa, de las estaciones que conducen a Malmö... No se deja vencer por Ana, no cae en la sucia trampa de la nostalgia, se pone a hablar solo en medio de aquel entramado que le va perteneciendo, toma una cerveza hipotética, alimenta dudas hipotéticas, relaciona pronombres enclíticos y se mezcla sin ser demasiado notable.

E, sin embargo, muere en una habitación cerrada. Por no sé qué tortura del tiempo, ha decidido recluirse del mundo. Tal vez lo leyó en algún libro. Lo cierto es que muere. Todas las mañanas comienza a sangrar descontroladamente, a desangrarme con la lentitud con que naufragan los barcos en una mar espesa. Su cuerpo retiene todo el líquido que puede, siempre que el suplicio le deje un poco de vida. Realidad tantálica. E quiere ser una mujer, es una mujer, soy yo mismo pensándome en cabeza de mujer una historia sin afeites. Tiene una mirada clara porque mi mirada es clara y mi piel, blanca como el viento. Abriga el sueño constante de un bosque donde huir, lleno de

señales de luz, de carteles y cintas de colores que nunca ha visto, con el paso del tren cerca, y algún que otro escondite para poder anularse a la comidilla pública. Viste de blanco, a pesar de estar en cama y de que cada mañana sus vestidos son banderas pútridas donde estampa su humedad la muerte. Aunque parezca increíble, no apesta en la habitación. Hay palanganas semirroídas, largos muebles llenos de gasas estériles, las cortinas conservan el blanco a tono con los vestidos. Nadie puede entrar en la habitación salvo mi hermana, el doctor y Susie querida. Estoy desnuda bajo estas sábanas, a pesar de la ropa que me han puesto.

No sé cómo logro tenerle cierta piedad a E como si me estuviera apiadando de mí mismo más de lo que debiera. ¿Será así en el fondo? Siento que E me necesita, y que yo necesito a E, que gozo el morir con lentitud mientras no razono bien ni puedo mover los labios. Quizás me conformo con la posición que me han dispuesto. Hay algo que he terminado por desconocer, y no exactamente Dios, ni siquiera la muerte. Tengo una silla, un jardín, cuadernos escritos con pequeños trozos de papel que he ido acumulando, y un perro enorme llamado Carlo. Me devano en pensamientos inexplicables, ovillos que mi cabeza teje porque ya no pueden mis manos. A veces también parece que perderé la conciencia. Eso me aterra, sin duda. Pensar que estaré a disposición de otros, que mi cuerpo será trasteado con inclemencia, mordido por los insectos cuando ya no pueda evitarlo. El único consuelo que me queda es saberme vestida de blanco, saber que abriré mis piernas con recato y me sentaré en la cama cuando nadie me vea, y tararearé algunas de las melodías de mi madre, lejanas en el tiempo, para convencerme de que han pasado algunos años, que han ardido montones de casas en el pueblo mientras yo sigo aquí y mi casa sigue aquí y mi habitación sigue siendo el espacio de siempre, tímido, lleno de las esencias que he prohibido al mundo conocer.

Pero más que E, F recuerda el momento en que un perro lo puso en el camino de Rubén. Aquella mañana gris en que el cielo parecía abrirse de pronto y expulsar todos sus gases; en la calle 23, donde por más que buscaba, no lograba hallar signos de paciencia por ningún sitio.

F tiene los ojos claros, y la piel como el viento. No sé por qué me repito tanto, quizás tengo que decírmelo una y otra vez para hacer

patente mi elasticidad. Esto de tener varios nombres y rostros y de estar amagando, te permite protegerte de etiquetas, prisiones, círculos viciosos. F es editor y se pasea por el Vedado, buscando algún acertijo que le convenga para seguirse alimentando. Porque el hambre de F es rara, pasa por la tibieza de las tardes habaneras y se disuelve en la mirada de los desconocidos que le rebasan. F es un nombre que me gusta. Se identifica muy bien con mi temperamento, se disuelve en mi entorno, con las letras con que se escribe —gráficamente— la felicidad que en general desconocemos. Con F no sé si a veces pierdo todo o lo voy ganando con la ingenuidad del idiota. Es tierno y complicado. Demasiado bueno para ser mi yo exclusivo. Tiene la gestualidad de una dama que jamás se revelará, una levedad que me seduce, una delicadeza que extraño en las mañanas cuando empiezo a sangrar desmesuradamente, y el frío de Dinamarca me hiela los tímpanos y me ocupo de cosas más mundanales que el aire. F conoció a Rubén cuando yo lo necesitaba. Se habían detenido justo en el medio de la calle, con el sonido ensordecedor de la muerte de un perro sato vagabundo, atropellado por un auto. Diez minutos más tarde, el alma del infeliz perro trasmigraba y la gente se compadecía de sus vísceras regadas por el pavimento, manjar para las moscas. F y Rubén se miraron con ansiedad. Había algo en ese momento hecho para los dos, a pesar de la gente. Descubrieron un lenguaje que les era común. F estaba solo.

Siguió la pista que los ojos del otro le iban traduciendo. El otro se detuvo al lado de un puesto de venta ambulante en la esquina de las calles G y 25. Se fijó en los dulces. Compró tres barras de mermelada de zanahoria como pretexto, y se sentó a esperarme. Tal vez lo ideal hubiese sido que me perdiese de una vez, y así evitar cualquier encuentro, siempre peligroso. Planté una sonrisa y me fui a por todo. Primero fue un gesto casi inadvertido (Rubén), luego un movimiento cuasi-imperceptible con la mejilla (yo), un guiño (Rubén), la señal de que nos uniésemos (F), más tarde estábamos juntos, conversando los temas más vacuos del mundo, una tonadilla, una clase de ballet y canto lírico a la que nunca asistí, un creer conocernos desde hace mucho tiempo, justo cuando se bailaba *El lago de los cisnes* en el Teatro Nacional, el día del cumpleaños de F unos meses atrás. Sin embargo, todo era mentira. Aquel diablo descubriría mi rostro con gesto de

cansancio, me mostraría el modo de llegar hasta el noveno piso del edificio de G y 25; entraríamos en la casa del amigo —que estaba de viaje y había dejado a Rubén como inquilino de lujo. Un roce con la mano, una mirada indagatoria, un comentario jocoso y hasta fuera de lugar, una cercanía accidental. Sin embargo, de la inmensidad que separaba mi cuerpo del de Rubén, ni siquiera me percataba. Raro y disperso como yo, el bailarín establecía a mi naturaleza unos límites que ni siquiera sospechaba. Qué decir de sus pies perfectos, su simetría escandalosamente singular, los ojos oscuros como las horas, y un pelo ensortijado y negro cayendo con fiereza y suavidad sobre los hombros. No podría yo hablar de los cientos de caricias en forma de palabras que me acercaron a una distancia más flexible de la felicidad, al menos lo pretendía ver, me iba imaginando cada palabra antes de que fuera dicha, hablaba Rubén cuando ya yo había imaginado para mí las mismas palabras. En aquel palomar de La Habana, con La Habana cayendo debajo de nuestros ojos, todo era posible, incluso mi propia convivencia en las disímiles justificaciones. Ni siquiera hubo un beso.

E se levanta de la cama y entona una melodía, algo propio, personal. Se dirige sin que la vean (nadie podría verla) al sitio donde ha escondido los fajos de poemas. Pero no se siente el riñón ni la matriz. Hace un rato ha dejado de sentir dolor, el dolor del cuerpo se ha hecho transparente. Toma en sus manos un fajo del 62 y busca un espejo para mirarse. ¿Cuántas veces he dejado de mirarme a lo largo de los años? ¿Seré transparente yo también? ¿Dónde he debido de estar todo este tiempo? Tu vestido lleva una arruga; tu cara varias. No se ve la fiebre en la expresión. Tal vez tú misma seas D, un ser que te conoce y desconoce mientras vaga en tierras donde no te ha interesado estar. Mira afuera. Trata de ver a través de las ventanas. Ha oscurecido de pronto y no te percatas. Todavía sigues imaginando una luz a través de los cristales, pero no es cierto. Nada es cierto. Nunca han entrado en la casa los petirrojos, ni has logrado las flores que querías. Tú no conoces a Rubén, el bailarín, el chico hermosísimo que soñaste acariciar, alguna vez, algún tiempo ya distante, cuando las manos aún eran vírgenes y podían moverse con destreza.

E repara de pronto en sí misma. Más allá, el cuerpo comienza a sangrar aunque muy poco, mientras me empecino en pensar que no

hay nadie en la habitación, que todos se han ido y estoy yo, musitando algún juego, pasando mi mano por sobre aquello que nunca reconocí bien y que ahora habré de abandonar cuando la muerte me busque. Mi piel no es trigueña como la de Rubén. Mi piel es blanca como lámpara, se encandila por momentos, pero no pierde su apariencia de cera.

A esta hora Rubén se va desvaneciendo también para F. El sol se ha escondido entre las nubes. Amenaza con llover. Presumo de mi pureza luego de un juego adolescente. Rubén ha quedado en su apartamento, mientras camino de nuevo, y solo, por la ciudad. Hemos hablado largamente. Hemos decidido volvernos a ver. ¿Cómo pensar que el tiempo es una vitamina para reponerte de lo que vives? Rubén va quedando detrás, pero solo por el momento. Rubén inunda mi pensamiento como una vitrina abarrotada de artefactos.

El viento de La Habana es la traición de quienes se inventan un motivo para penar. Guarda una ternura que nunca llegamos a conocer, como la luz. El viento en København, sin embargo, es áspero y espasmódico. D lo sabe. Lo hace replegarse a zonas de sí donde no llega el hambre. Sigue sentado en el banco, la cerveza se va consumiendo, haciéndose más amarga y sólida. Los viejos borrachos han dejado de hablar de los clubes y sus derrotas y se han ido a una taberna (quizás). Un borracho danés pasa por ser la persona más incomprensible e incomprensible de este mundo. Te levantas. Compones tu traje de medio tiempo. Decides caminar. Estás tan pulcro como las calles. Enfrente, el teatro. No te anima la comedia. Vuelves a Østergade rumbo a Kr. Bernikowsgade. Caminas algunos metros. Lees: *Guinness World Records Museum*, Østergade 16. Un tiburón con fuertes mandíbulas abre sus fauces para invitarte a ser devorado. Un pulpo enorme ofrece sus tentáculos para apoderarse de ti. Una danesa de ojos claros intenta comunicarse contigo. *Yes, I would like to come inside. Thank you. How much money?* Son las tres y media de la tarde. El museo se ofrece. ¿O regresarás mañana?

Vuelves a la mesa de escritura y la mano comienza a moverse. Te repites: «*There is another Loneliness/ That many die without*», estiras la caligrafía, no puedes controlarla, estás intranquila, le pasas por encima a las letras, tratas de recuperarte. Llamas a Carlo. Nunca soñaste cocodrilos ni grandes pulpos ni tiburones temerarios, tu vida

ha sido la más simple, por eso te desangras despacio, poco a poco vas purgando la construcción que hiciste de ti misma. Y el inmenso cariño por Susie y los niños de Susie. La amiga, la venerada amiga de los años, siempre receptiva para tus locuras de solitaria patológica. La Susie que no temió nunca besarte la mejilla en los momentos de júbilo, cuando Lavinia solo se atrevía a calar tu frente sin comprenderla. Te dispones lentamente a morir. Estoy lista, pero no llega. Cada vez que esperamos algo con ansiedad no llega. Carlo tampoco responde. Son las tres y media de la tarde. ¿Qué pasará mañana?

D se dispone a escribir. Ha entrado al museo, una visita rápida. Casi no ve nada. La danesa de ojos claros y fijos le ha indicado por dónde pasar. Apenas quiere tiempo para echar un vistazo. Tal vez quince minutos. El mundo marino, las profundidades, las posibilidades del hombre, los aparatos creados por el hombre, el espacio, lo desconocido. D no piensa mucho hoy en lo que ve. Se detiene ante animales asombrosos, la tarántula más grande del mundo, la serpiente más larga, la gallina más monstruosa; sus ojos encuentran una vaca. Algo en ella le resulta conocido. Escribe: *Ana querida: Estoy aprendiendo a perderte porque tú lo has dispuesto. Cada vez que salgo a esta ciudad, y la camino, pienso en nuestras tardes por San Rafael, los paseos nocturnos, nuestras sesiones de filosofía en el seminario, nuestras maratónicas charlas al teléfono, las peleas interminables que nos remontaban a una niñez que añorábamos. Querida: hoy estoy en un sitio donde no te hallo y lo que es peor, estoy condenado a hallarme a mí mismo. No puedo regresar. Mis pies han traspasado una línea donde ya no tengo decisión. Te he dejado atrás, lo sé. Tú no has hecho nada para cambiarlo. Te has empeñado en irte también, en colocarte donde no puedo llegar. Hoy me he acordado de ti. He visto en un museo local a Ubre Blanca y me he acordado de ti. No pienses mal, querida. No es el parecido con la vaca, sino el constatar que hay cosas que me pertenecen, y de pronto salen al paso inesperadamente.* D estruja la carta. Qué incoherente y ridículo sale todo.

Ana se inclina y le besa la mano al otro. Le sonríe con ternura, imaginas el encuentro mientras te va olvidando, cada hora un poco más. Ana sueña con su presente, se ofrece la oportunidad de vivir una vida que le conviene. Ana se inclina y te besa la mano, los ojos le brillan, la piel es tersa y huele a sangre. Te habla de un futuro her-



moso, de compartir el trabajo, la tranquilidad del hogar, los hijos. Ana, sin embargo, no te está esperando. Duerme tranquila, respira tranquila —a pesar de los ataques de asma en los cambios climáticos—, se relaja en las tardes estudiando a Eurípides o Shakespeare, relee y transcribe tus traducciones de Dickinson, conversa como si nada, elabora sus temas banales, no deja escapar siquiera un signo de nostalgia. Ana sigue su vida y yo la mía. Estoy vivo, Ana, ¿lo comprendes? He optado por esto, mi realidad ha cambiado. Lo más importante es que esto tampoco me pertenece, y eso me hace más libre. Hace frío, es verdad. No entiendo lo que me dicen. Pero qué más da. ¿En verdad hay algo que entender?

Los edificios de la calle G comienzan a envejecer rápidamente, marcados por el gris de las nubes. Esta vez no fallaré. Rubén me ha demostrado cuán vacía es la vida que no se comparte. Ni siquiera he tenido un perro. Aunque la vida es muy perra, es cierto. Yo que ni pensaba en encontrarme a nadie, que me dejaba vivir como si el tiempo fuera dictaminando mis actos. Ahora me ha puesto delante a Rubén. Cuerpo perfecto, simetría perfecta. Una profundidad en los ojos que no conocía. Las ganas de besarlo poniéndome ansioso. Más lo que me invento que lo que en realidad es, quizás.

F prende un cigarro simbólico. Ninguno de mis yoes fuma, pero F ha encendido un cigarro y se ha puesto a pensar mientras se consume. Está solo. F sigue solo. Piensa en los ojos negros de Rubén, en los labios. En las escaleras interminables hasta el noveno piso. En el aire que se metía entre los dos. En los balcones semidestruidos, abriendo la puerta a un paisaje que la rutina ignora. Comprende de golpe lo que ha vivido hace unos instantes. Comprende su categoría de solitario empedernido, yendo todos los días a la editorial, trabajando como bestia en los libros de los demás, corrigiendo aquí, redactando allá, intentando encontrar su inspiración en la de los otros. Comprende sus salidas vespertinas, su deseo de comunicación, la búsqueda de la mirada de cualquier transeúnte que le comentara, sin querer, los fracasos o aciertos del día, la felicidad o el agobio, la soledad, la euforia, todo eso que se instala sobre los ojos y que —aunque se pretenda disimular— siempre es advertido por quien investigue. La gente siempre habla, aunque no diga nada. Te revela millones de frases repetidas en cada gesto involuntario, en cada movimiento, en el propio aire que

va dejando detrás. Rubén, sin embargo, siendo la misma gente que acostumbrabas ver, tiene algo más. No es un tipo perfecto, pero te gusta. Guarda la simplicidad de las grandes cosas, la ternura que buscas, un poco de sensibilidad siempre necesaria, aunque lo demás sigas inventándotelo. Piso nueve, apartamento noventa y cuatro. Lo escribes en la mente. Pensarás en Rubén. Pensarás si será bueno buscarlo más tarde; lo buscarás más tarde. Te darás una oportunidad.

D sale nuevamente a la calle, hastiado de tanto dato; se para justo frente a la plaza y no sabe qué hacer. Lo mejor es que vuelvas a casa, de cualquier modo, es mejor estar en casa, conectarte a internet, buscar un trabajo, no sé. Cualquier cosa menos esta monotonía. Opción dos: puedes sentarte en uno de los bancos y esperar a la danesa de ojos claros, hacerte el latino, invitarla a tomar unas copas y arriesgarlo todo. No estaría mal. Guarda la carta recién estrujada en el bolsillo de la chaqueta. Se dirige a uno de los bancos. Hace un frío descomunal. A veces me saca de quicio tanta limpieza. Se sienta. Observa la botella de cerveza danesa que algún borracho deprimido ha dejado escondida bajo las patas del banco. Sonríe.

No, más tarde no. ¿Cómo puedo saber si he encontrado lo que he estado buscando? ¿Y si al cruzar la calle me atropella un carro? ¿Y si se cae un balcón y me aplasta la cabeza? ¿Y si de pronto se arma una fuerte tormenta, resbalas, te das un golpe y pierdes la memoria, y luego ya no existen ni tú ni Rubén ni las posibilidades de hace unas horas? El tiempo es mío. Y voy a por él. (Al menos me gusta como suena).

E comienza a despedir olores extraños. Es cierto que hace más de un día que su cuerpo no logra moverse, que está sumergida en un humo donde cuesta trabajo respirar. Aunque aún sienta ganas de levantarse, de colocarse ropas más limpias, de organizar la habitación..., o de sencillamente abrir la ventana y lanzarse afuera —nunca lo ha hecho— a contemplar la luz desde el alero. El bosque sigue afuera. Y el jardín. Alguien se le aproxima, y apenas logra oírle decir que ha perdido la conciencia. E se ríe. Es lindo perder la conciencia de esta manera. El mundo entero sigue delante, al menos el que ella conoce, el único. Tiene la piel blanca y huele a lirio. Esta glomerulonefrosis no acabará por vencerla. Dicen que le ven las piernas hinchadas, las manos cianóticas, el vientre inflamado. Que la retención de líquido es

gravísima, que el riñón se paralizará en cualquier instante. E se siente igual que siempre. Varias veces ha vencido, y está acostumbrada a su triunfo. Ya ni siquiera le importa quién ha entrado en la habitación. ¿Cuántas habitaciones coexistirán en el mismo espacio?

En el banco de KongensNytov, D se cansa de esperar por su víctima. Imagina que la raptará, se la llevará a un lugar intransitado y le arrancará la ropa y la irá mordiendo con fuerza y luego la desangrará y desollará con la navaja que ha comprado en Østergade. Pero lo importante es cómo convencerla de que se vaya con él. A fin de cuentas, D no es ningún criminal, solo siente las ansias de conseguir la libertad que sueña, de vivir algo distinto, ajeno de la monotonía o la excesiva apacibilidad de las tardes. Y de hacer el amor con aquella chica de ojos claros portera de tantos seres y trastos maravillosos. D sigue riéndose de sus ideas. Cruza los brazos y deja de pensar estupideces. Lo mejor es que te vayas a la estación y captures el próximo tren a Malmö. Tal vez cenes hoy y conozcas una sueca atractiva en algún restaurante de Möllevångstorget. Vete a casa, hombre. Sí, a casa. Este frío acabará por despellejarte.

F está decidido. Llega al edificio de G y 25 y comienza a subir por las escaleras. Siente el aire entrando por las ventanas, que le dificultan el ascenso. (El elevador se ha quedado una vez más sin funcionar). Los nueve pisos te retan. Vas siguiendo con los ojos cómo los números aumentan, del mismo modo que cambia tu respiración, cada vez más entrecortada. Te sientes feliz. Arriba estará Rubén, el premio a tanto esfuerzo. Dios mío, tienes que meterte en un gimnasio, dejar de comer tanta porquería por la calle, correr por las mañanas con la gorda Ofelia, tu querida vecina. Tienes que ponerte en forma, combatir tu sedentarismo intelectualoide. Comenzarás a practicar ballet. Está decidido. Pero que te lo diga Rubén.

Piso nueve. Has llegado. Coges a mano izquierda. La puerta noventa y cuatro. Allí está. Estás parado frente a ella. Él te estará esperando, das tres golpes y pronto se abrirá la vida ante ti.

D está sentado en el tren. Vía Öresundsbron, Kastrup-København hasta Malmö. Las estaciones se van sucediendo. Ørestad, Tårnby, Kastrup. Llegas al sofisticado túnel, que da paso al puente que separa Dinamarca de Suecia. El puente sobre el Báltico, la serpiente de hierro que ata las piezas de tu mundo. El día se ha nublado.

do. Estás sentado en un tren poco familiar. Alguien está hablando groserías en alta voz por su teléfono móvil: te haces el sueco. Miras a través de la ventana; a lo lejos, el paisaje es tan rancio como las olas debajo del puente. Es una tranquilidad alevosa. Registras la chaqueta y te pones a leer: *Ana querida*:... Rompes definitivamente el papel, esa carta no llegará, no habrá constancia de ningún arrepentimiento. Tienes que darte tiempo. Me voy dando tiempo.

Son casi las seis de la tarde. Tengo tanta gente alrededor que no estoy acostumbrada. Siento pánico, aunque no las veo. Me llaman por mi nombre. Me dicen E y no respondo. No sé si quiero responder. Alguien me coge la mano, lo sé, la alza hacia su pecho y la besa. Yo hago un esfuerzo tremendo por recuperar mi posición. Estoy tendida en la cama, creo. Pero esa no soy yo. Yo estoy junto a la ventana, he descorrido una cortina y me he puesto a mirar afuera. Samuel no vendrá a verme hoy. ¿Quién es Samuel? Carlo no retoza en el jardín. ¿Dónde está Susie?, ¿por qué no me saluda con su gesto mínimo? En el espacio entre la habitación y yo comienza a existir un límite. ¿Me acuesto de nuevo? Inmensa la ansiedad. Ha pasado la hora del té, he estado sola.

Has cruzado el puente. El tren se detiene en la parada de Svågertorp. Se baja poca gente, pero tu vagón ha quedado semivacío. Sacas de nuevo el lápiz y comienzas a escribir en la primera página del libro de Paz: *Querida Ana*.

F va entrando al apartamento. La puerta noventa y cuatro se queda abierta. Alguien pregunta por Rubén. El bailarín. ¿Qué Rubén? ¿Quién? ¿Está usted seguro? No conozco ningún Rubén, ni ningún bailarín. Y menos con la descripción que usted me da. Pero mire, yo he estado aquí hace poco, le insisto. ¿No le habrá dado las llaves de su casa a cualquiera, no? ¿Cree usted que estoy tan loco para inventarle una historia? Mire, joven, usted no me comprende. Mi nombre es Tomás y hace seis años que vivo aquí. Y le juro por mi madre que no conozco a ningún Rubén. Disculpe, señor, no entiendo nada... Sí, muchacho, sin dudas debe ser un malentendido, yo apenas llego del trabajo y también he tenido un mal día.

Al acostarse, E siente una fuerte luz que le hace cerrar los ojos con fuerza. Nadie se percata de que ha descorrido las cortinas y dejado entrar un sol poderosísimo. No piensa en nada, no puede. Son las seis

de la tarde, hora de pasear al perro. Pero el sol entra con fuerza, la invita a acercarse a la ventana. E no puede levantarse. Imagina todo el esfuerzo del mundo, pero ni siquiera le alcanza. Solo debe dejarse llevar, no cerrar los ojos, mantenerse despierta para no perder la razón. El aire se va volviendo más indefinido. La habitación deja de existir, ni siquiera hay espacio para la gente que supone cerca de su cuerpo. El aire comienza a crujir, como si pesara en los huesos, o en la armazón de la materia circundante. ¿Será esto la muerte? La luz sigue entrando por la ventana, pero no la calienta. Es estimulante. E deja un solo ojo abierto. Uno es suficiente. Trata de mirar, su visión se queda fija en un punto. Todo está quieto. Mira la luz de frente, no puede salirse de ella. Pero hay algo más allí. Algo que se aproxima, un descenso no calculado, imprevisto. Sin poder evitarlo, una diminuta mosca se posa en el ojo de E. No puede pestañear, no puede cerrar el ojo. La mosca sigue allí, prohibiéndole la luz. E tiene un solo ojo. Son las seis con cincuenta y seis segundos de la tarde. Alguien cierra la puerta.

La caída comienza a ser más rápida de lo esperado. Contrariado, F baja los peldaños como si no cupiera en ellos. Pronto sale a la calle. El aire pesa. Siente unas ganas inmensas de gritar, pero se controla. Se sacude los ojos. La gente pasa por su lado. Camina más terco que antes, su burbuja crece. Sin querer, encuentra unos ojos semejantes a los de Rubén y no sabe cómo reaccionar. Negros, con una expresión sutil, interesante... Permiso, disculpa que te pregunte, ¿eres bailarín? Las moscas siguen pululando el cadáver del perro aún en descomposición en medio de la calle. Son las seis con cincuenta y seis segundos de la tarde.

El tren llega a Malmö justo a la hora. Puntualidad asquerosa. D se baja, mira alrededor. La ciudad sigue en el mismo sitio, cómo pretender que algo pueda cambiar de repente. El canal va fingiendo una protección innecesaria. Habrá regata pronto. La gente saldrá a la calle vestida de fiesta —y más en estas deliciosas primaveras suecas— y pensarán que no vale la pena suicidarse. Se echarán a los bancos de los parques a emborracharse, a tomar sol. Se pondrán como camarones. Dormirán, dormirán, se emborracharán, comerán hasta el cansancio. Discutirán la derrota del equipo sueco en el mundial de *hockey* sobre hielo. Tiempo extra: Canadá 3, Suecia 2. Volverán a

deprimirse. Se acordarán de los días del año en que el sol se recrea casi permanentemente en el cielo. Pero no sabes qué pasará contigo. Maquillas tu hastío con un periódico. Ya veremos: mañana será otro día. Te acuerdas de Ana. Del frío. De Octavio Paz.

Suena el timbre. Termina el tiempo. Abro mi libro en una página donde Paz se va repitiendo y leo en voz alta: *La primera actitud del hombre ante el lenguaje fue la confianza: el signo y el objeto representado eran lo mismo. La escultura era un doble del modelo; la fórmula ritual una reproducción de la realidad, capaz de re-engendrarla. Hablar era re-crear el objeto aludido. La exacta pronunciación de las palabras mágicas era una de las primeras condiciones de su eficacia.* ¿Será cierto? Me olvido, una vez más, de la literatura. Miro el reloj: las seis y un minuto de la tarde. Cierro las páginas del libro y me despido de mis alumnos con cautela. Alguien abre la puerta, se asoma. Creo que hoy he metido la pata.

INOCENTES HIPOPÓTAMOS BLANCOS

Hoy he vuelto a esperarlo a la puerta del ascensor, como cada día, desde aquel en que nos tropezamos y no atiné a decir palabra alguna, bajé los ojos por inercia, me refugié en las líneas grasientas del suelo del aparato, mientras miraba cercanamente el trazo de sus pies quietos, ajenos, en sus sandalias de cuero.

Hacía ya algún tiempo que me había vuelto invisible.

Sucedió una tarde, en la playa, en medio del decorado de cuerpos donde con frecuencia me gustaba confundirme. Me senté cerca del agua. La arena opaca terminaba por adquirir un resplandor que cegaría de no protegerme con mis auténticas gafas de sol Dior. El mar regresaba una y otra vez hasta mis pies. Decidí alejarme un poco, buscar una sombrilla, el rosado empezaba a ser mi color favorito. Escogí una verde, tanto rosado a mi alrededor me saturaba. Tomé distancia del agua para leer.

Ante mis ojos, un par de viejas *drags* en zancos intentaban un juego esperpéntico. Usaban un balón y gritaban como locas. Le llamaban voleibol moderno. Trances emocionales.

Decidí recluirme en mi lectura. Sade: *Las 120 jornadas de Sodoma*. Un texto ideal. Pero también necesitaba un marido ideal. Me estaba pudriendo como un corpúsculo intelectualoide. A cada rato levantaba los ojos por encima de mis lentes oscuros para pillar a quien me estuviese mirando. Para descubrir la comunicación de los otros, sus escarceos, sus ruinas, su esplendor. Exhibía el título del libro para alimentar pasiones; imaginaba cada uno de aquellos cuerpos compartiendo la versatilidad de *Brise-Cul* o *Bande-au-Ciel*. Terminé por quitarme la ropa, mostrar todo mi cuerpo, hecho de una cuidadosa gimnasia, blanco, con un bello lunar en el muslo.



Mi piel comenzaba a broncearse. No me percataba. El sol mediterráneo es engañoso.

Digamos que aquella tarde devoré más de ciento diez páginas del libro hasta que él se me acercó. Traía una gran peluca, como Celia Cruz, y aunque la altura de sus tacones no era similar a los zancos de las viejas deportistas, tenía algo que me recordaba ese estilo singular. Le pregunté si buscaba algún balón. Pensó que era un juego de palabras. Se sentó cerca de mí para mirarme. Se revolvía en su bikini de flores y movía sus discretos muscilitos para que me diera cuenta. Necesitaba que lo admiraran. Me turbaba su silenciosa insistencia.

Dejé mi libro a un lado. El fuerte rosado de la carátula parecía un cartel fosforescente. Se confundía con el aspecto de la caja de condones que mi otro yo había comprado en una farmacia la semana anterior. Me dispuse una postura hierática. Un aire de importancia.

Yo a ti te conozco, me diría con seguridad la misma frase hecha. Habría pensado que era cursi. Pero habría sido algo. Me empezó a dar urticaria. Cosquilleo. Un hormigueo en los ojos y bajo la piel. Tres horas más junto al resplandor y estaría todo chamuscado. Que empezara a hablar, pensaba yo.

De pronto, luego de tanto mirarme, recogió su toalla anaranjada, llena de flecos y palmas y palomas de Hawaii, y me hizo una seña. Al fin, el tipo quiere algo. Me animé a seguirlo. *Arrivederci*, dije al gremio, a las viejas, a las jóvenes calvas que llegaban. Me gustó el movimiento de mis dedos en el aire como si agitaran una cortina vietnamita.

Grandes colinas rocosas protegían el segmento de playa que había elegido la comunidad. Entró en una de las cuevas que se hunden en las rocas. Posadas improvisadas, una rima perfecta. Metí el libro en el bolso, no fuera que se me olvidara. Todo a mano. Me recoqué el pelo. Empezaba a oler la humedad.

De pronto dejé de verlo. Qué romántico. Saldría por sorpresa de un pasadizo oscuro y me tomaría entre sus brazos, me besaría el cuello, lamería la sal de mi cara, me atraparía entre el mundo y él. Y luego las cochinas al uso.

Afilaba mis dientes. Mi lengua.

No supe nada más. Fue un golpe seco. Un porrazo. Perdí la referencia por varias horas. Entré a una sala de espera oscura, insopor-

table. En realidad no podría decir qué esperaba. Solo bajaba los ojos con la inercia de siempre, aunque quizás tampoco ese gesto tuviera ningún sentido.

Por fin reaccioné. Salí de la cueva un poco a tumbos, sin darme cuenta de la hora. Aún no había terminado de oscurecer, así que imaginé que no hubiese transcurrido demasiado tiempo entre el golpe y mi recuperación. ¿Había sido un accidente? ¿Dónde estaba él? Ya ni recordaba. Fue una especie de amnesia. Seguro se había llevado todo. Pero en mi bolso aún estaba el libro. Y todo en su sitio.

Me repuse y decidí buscar el tren de vuelta a la gran ciudad. Me sacudí primero la arena y su inmundicia. Qué resistencia la de las viejas, no sé cómo los zancos no les destrozan las columnas. Me despedí de ellas en silencio y fui a la estación. Regresé a casa, tomé una ducha tibia y me senté en el balcón a fumar. En el contestador, nadie había preguntado por mí. Descorché un cava.

Desde esa tarde he pensado que nadie me ve. Camino por Barcelona, y parece que mi sombra solo es advertida por los perros, aunque no siempre me ladran. Su silencio me desorienta, hace crecer dudas como ronchas.

En el pasillo de la biblioteca, me dejo caer en un banco de madera y parece que todo el mundo me ignora a propósito. El otro día casi se me sientan encima. Por suerte hice un gesto previo, y al extender la mano y marcar mi territorio, aquella parejita entendió que el sitio estaba reservado y se fue a buscar otro más apartado.

Terminé por sentir pánico a salir de la ciudad. Me limité a ella como si estuviera metido dentro de un cuadro.

Hubiera pensado que aquel golpe me había anulado de no ser porque lo vi. Al de las sandalias de cuero. Una bella aparición en el vestíbulo de mi edificio.

Esperábamos el ascensor en silencio. Algo en él me resultaba conocido: si le ponía accesorios estrafalarios, si le quitaba la ropa y lo dejaba en un bikini minúsculo y lo adornaba de musculitos, era bastante semejante al otro, a mi supuesto agresor. Pero siempre he sido tímido fuera de la pecera. Bajé los ojos, clavé la vista en las líneas que se cruzaban bajo nuestros pies. Sentí que me miraba, que advertía en mí alguna insinuación, un aroma penetrante que lo interrogaba. Detrás de nosotros quedaba un espejo. Sentí horror de mirar. Tal vez

acabaría por ser invisible a mí mismo. No lo soportaría. Sin embargo, era tentador sacar una instantánea de aquel inesperado encuentro.

El ascensor se detuvo en el octavo piso. Abrió la puerta y salió. Como suele ser costumbre en mi vecindario, ni siquiera hubo un hasta luego. En breve volví a mi condición de extraño.

Los días siguientes no pude conciliar el sueño. Su imagen me venía una y otra vez a la cabeza, lo imaginaba en disímiles posturas: enseñándome las sentaderas como *Brise-Cul*, o meciendo sus desproporcionados encantos como *Bande-au-Ciel*. Qué empecinamiento el mío. ¿Había terminado por convertirme en cultor de Sade?

Decidí prestarle más atención, fijarme en sus horarios. Cada noche, a las nueve en punto, coincidíamos —digámoslo así, pues las coincidencias también suelen guardar estos matices— frente al botón del ascensor. Se convirtió en un ritual. Lograría que hablara conmigo. Al menos eso.

Nos vimos varias veces. Temía que me dijera algo como ¿por qué no me dejas en paz? Que me mandara a la mierda, que me diera un porrazo semejante al que el otro, el amante fugitivo, me obsequió aquella tarde en Sitges. Recordé que esto es Europa, que la gente es educada, tolerante. Que si no quieren hablar contigo te lo dicen amablemente. O enmudecen. Tal vez me equivocaba.

¿Vives aquí? Sí, dijo a secas. Mi tono debió delatarme. Estuve a punto de clavar mis ojos en las líneas oscuras bajo las pisadas, huir de aquel aire espeso. Pero siguió: Vivo en el octavo. Como si yo no lo supiera..., pensé decir. Tú eres de más arriba, del décimo, creo. Me sentí Jeanne d'Arc salvada en el último momento de los rigores de la incineración. Fue, creo, el golpe que me devolvió al mundo. ¿Quieres venir a mi departamento?, insinuó. Podría enseñarte lo que hago o hacerlo contigo. *Hacerlo contigo*, el enigma verbal me retaba. Me lo repetí hasta creérmelo. Accedí. ¿Tengo que decirlo?

El ascensor se detuvo en el octavo piso, como siempre a esa hora. Abrió su puerta. Me dejó entrar. Lo primero que vi fue una hermosa alfombra, estilo Hollywood. *The red carpet*. Este tipo tiene más glamour que el que creía.

De pronto, sin que me percatara, desapareció ante mis ojos.

Me dije qué romántico. Seguro me salta al cuello y lo besa. O me atrapa entre sus brazos, desnudo, para envolverme con su lengua

como un caramelo. Pero recordé mi amarga experiencia en la playa, y me llevé las manos a la cabeza. Puro acto preventivo. ¿Me propinaría él otro golpe? ¿Este desconocido me golpearía de modo que perdiera nuevamente la conciencia, que entrara a aquel salón desagradable que apenas podía definir?

Se había esfumado en los corredores. El piso no era demasiado grande, aunque sí algo laberíntico. Tuve miedo de lo imprevisible. Decidí llamarlo, pero ni siquiera sabía su nombre. Grité ¡ehhhhhh! Nadie respondió, aunque a lo lejos creí oír un susurro como un rezo.

Vi una luz. Una luz rosada. ¿Había dicho que mi color preferido era el rosado?

Debía ser su cuarto, pensé. Seguí caminando. Me encantaba la decoración. Y mira, tenía una reproducción de Ensor colgada de la pared. Unas cuantas figuritas de porcelana sobresalían en uno de los aparadores de la sala. Elefantes. Avestruces. Cocodrilos. Unos palidísimos hipopótamos, mis animales preferidos. Hace unos años había leído en algún sitio que los hipopótamos son el símbolo erótico de una tribu africana. Pero estos hipopótamos estaban ante mí con las fauces abiertas, su blancura me causaba mala impresión.

Tuve un presentimiento que no pude explicar.

La luz rosada se aproximaba. La puerta del cuarto estaba abierta.

Dentro estaba él, mi adorable vecino, disfrazado. Se había puesto una peluca estilo Celia Cruz, unas plataformas exageradas, un bikini de flores. Había trazado sobre la piel de su brazo un tatuaje horrendo: una cruz de San Andrés vacía, y unos cuervos comiéndola, como si el santo estuviese allí aún. El dibujo no era muy bueno, debo reconocerlo.

Creo que no se dio cuenta cuando entré. Pensé saltarle al cuello, pero me contuve. Esperaba un momento de parsimonia.

Vi restos de cocaína sobre el espejo. Dios, me dije, esto será una locura.

Estaba tan alucinado en su disfraz que no me veía. Tuve ganas de salir, pero mis pies desconocían sus límites. Algo me atraía hasta él. Algo me retenía a su lado.

Abrió una gaveta. Empezó a sacar cosas: un cepillo, un creyón, un secador de pelo, un martillo, una espátula. Iba a decirle que llevaba condones en el bolso, cuando se levantó, eufórico, y se fue a la cocina.

Había dejado la gaveta abierta y la curiosidad por saber lo que había en ella, la gaveta privada de mi nuevo amante, me seducía.

Despacio me fui hasta allí. Un desorden masculino lo llenaba todo. Una concentración de objetos, una masa informe y común. La curiosidad terminó por aburrirme. Me senté en la cama, eché los brazos atrás y me dejé caer de espaldas. Quería sentir la comodidad del lecho nupcial antes del acto. Me moví como saltimbanqui. Él se demoraba. En uno de mis saltos caí al suelo. Me di un fuerte golpe en la cabeza, aunque sin mayores contratiempos. Ya me acostumbraba a ese destino que convertía mi cráneo en receptor inevitable. Mi cara quedó sobre la alfombra. Bajo la cama vi algo extraño. Como una estera.

Halé las puntas hasta que quedó al descubierto delante de mí. Sentí náuseas. Una armazón de huesos, vísceras, carne, me escupía a la cara. Perdí el color. Abrí la boca y no había nada más semejante a aquellos desagradables hipopótamos blancos de la sala. Eché a correr sin mirar atrás. Me lancé sobre las escaleras y no paré hasta llegar a la calle. Sin pensar crucé esquinas y esquinas. Me sentí perdido. No tengo idea de cuánto tiempo pasó antes de que lograra reaccionar de mi estupor.

Aprendí a calmarme, a acostumbrarme a aquello como si no hubiera visto nada.

Varias horas más tarde volví a mi edificio sin miedo. No podía hacerme daño. Había visto su punto débil y podía chantajearlo. Y además yo era más fuerte que él, no podría atacarme.

Subí al décimo, me senté en el balcón a fumar. Descorché otro cava. Desconecté el teléfono. Por fin, después de muchos intentos, concilié el sueño.

Desde entonces me dedico a vigilarlo, a coincidir con él en el ascensor, a preguntarle las mismas cosas de siempre, a jugar el juego de los inocentes que dicen sin decir. A mirar las líneas grasientas del aparato bajo sus pies, quietos, completamente imperturbables en sus sandalias de cuero. De vez en cuando le pongo periódicos en el buzón o le paso notas bajo la puerta, indicando que han hallado restos de un cuerpo vejado y mutilado, dispersos por la ciudad.

Algún día, quizás accidentalmente, se romperán las cuerdas del ascensor, y alguien morirá pasadas las nueve de la noche en un

desafortunado imprevisto, cuando los amortiguadores dejen de funcionar. Sé que ocurrirá. Pero no temo a eso. Sigo encontrándolo noche tras noche, a las nueve en punto, junto al botón. Entro al ascensor en su compañía. Le sonrío descaradamente, como siempre. Él acepta mi sonrisa cómplice.

Pienso que así he aprendido a amarlo. A ser también un poco cruel.

No sé aún dónde dejó mi cabeza, pero el bello lunar de mi muslo sigue pudriéndose debajo de su cama.